

## **DISCURSO DE LA EXCMA. Y MAGFCA. SRA. RECTORA DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA, D<sup>a</sup>. ADELAIDA DE LA CALLE PARA EL NOMBRAMIENTO COMO DOCTOR HONORIS CAUSA DE D. MIGUEL DELIBES DE CASTRO**

Fue el latín clásico el que nos enseñó la distancia que va desde el poder a la autoridad. Desde la potestas a la auctoritas. El poder va unido a la magistratura. Al mando. Es vinculante. Puede ser impuesto.

La Auctoritas en cambio, es la legitimación socialmente reconocida. Procede del saber. Es la capacidad moral para emitir una opinión cualificada.

El poder caduca. La autoridad moral, en cambio, queda para siempre. Legítima para hablar con libertad. Para denunciar. Para llamar la atención utilizando incluso la alegoría. O la licencia literaria que nace del ingenio. Lo hemos comprobado ahora, en la espléndida lección del profesor Miguel Delibes.

Magister Dixit.

Hoy, el Claustro de la Universidad de Málaga reconoce su auctoritas científica. Le recibe como nuevo Doctor Honoris Causa.

Lo hace con la admiración que se le debe al científico. Al formador de investigadores. También con el afecto que ha cultivado en sus discípulos, y en sus colaboradores del Departamento de Biología Animal de la Facultad de Ciencias.

Miguel Delibes es la sencillez del espíritu cultivado. Herencia paterna.

Tuvo responsabilidades. Pero nunca lujos ni moqueta. Solo pisó pequeños despachos. Como el de ahora, en la Cartuja. Blanco, austero, orientado a las Marismas. Y pisó, sobre todo, tierra. Primero tierra castellana, con su padre, don Miguel Delibes. También con Félix Rodríguez de la Fuente. Cuadernos de Campo, águilas imperiales y fauna ibérica encuadrada. Y el lince ibérico, una de sus grandes pasiones científicas. Y de sus grandes logros.

Después, Doñana. El encuentro de un gran mar con un gran río. Paisajes coloristas y luminosos. Polvorientos, resquebrajados. Humedecidos y anegados. Hospitalarios e intransitables. Paisajes siempre en movimiento. Siempre inacabados.

Los futuros biógrafos de Miguel Delibes contarán como hace treinta años, él y otros científicos españoles dieron vida a una sociedad de biología de conservación. A veces contra viento y marea. Argumentando a escépticos que había un problema mundial. Global. Que era necesario abordar con conocimientos que iban más allá de la biología. Implicar a científicos de otras disciplinas. Economía, Comunicación, Pedagogía,

Sabían que su principal ventaja era también su principal escollo. Habría de ir muy por delante del resto de la sociedad. Predicando en el desierto. O en las dunas de Doñana. Diagnosticando problemas. Proponiendo soluciones científicas, pero sin el poder necesario para aplicarlas.

Debían, en una palabra, implicar a la sociedad. A una sociedad lenta de reflejos y no concienciada. Debían ser conciencia colectiva frente a intereses económicos que no facilitarían precisamente el camino.

Tenían el antecedente remoto de la sociedad americana de los primeros años sesenta. Allí, Raquel Carlson, oceanógrafa y bióloga marina, vio como los pájaros morían en su jardín a causa del DDT. Y se atrevió a escribir un libro con un título largo y acusador. “La primavera se ha vuelto silenciosa porque no hay pájaros”.

La industria química no se lo perdonó. Buscó por todos los medios desacreditarla. Pero el Presidente Kennedy ordenó una encuesta que finalmente le dio la razón. Después, se creó la Agencia Ambiental Americana.

Fue un final feliz, tal vez mas propio de Hollywood que de la realidad. De hecho, Kennedy habita en la leyenda, y Kyoto no termina de cumplirse.

La imaginación no subió al poder, como decían en mayo del 68.

Y la investigación, hoy por hoy, tampoco. Sigue en el reducido reducto de la autoridad moral.

Los científicos trabajan para que el mundo de nuestros nietos sea limpio, ecológico, justo. El poder económico trabaja para obtener el mayor beneficio al menor plazo.

Son intereses lógicos, pero de difícil arreglo. Algo tan arraigado en nuestro acervo como “pan para hoy, hambre para mañana”.

Un día, “los dos Delibes”, el padre y el hijo, se sentaron juntos. Quisieron a imaginar el planeta que iban a heredar las generaciones del futuro. Y lo titularon “La tierra herida”.

Era, mas que un simple libro. Era una advertencia, un alegato que, ya en la portada, denunciaba la indefensión. Dos niñas andando entre la niebla, protegidas por mascarillas, sin poder ver el horizonte.

No era el problema de una calle. Ni de una ciudad. Hoy por hoy sigue siendo el problema global de un planeta.

Días atrás Miguel Delibes lo explicaba de una manera clara. La civilización implica el dominio del hombre sobre el entorno para hacerlo habitable. Algo tan antiguo como la conversión del “orbe en urbe”.

Pero en ese proceso, hemos llegado demasiado lejos. Hay que dejarle al medio ambiente que desempeñe también su papel. Pero actuando siempre globalmente. O al menos con una visión de conjunto.

Miguel Delibes recuerda como hace años un político quiso abordar en su comunidad el peligro de extinción de los osos. Proponía, simplemente salvarlos todos uno a uno. Sacándolos de un hábitat que ya no era el adecuado.

Está bien, -decía el profesor Delibes-, recurrir a medidas artificiales si hace falta. Pero es mejor proceder al revés. Primero restaurar los ambientes. Y luego recuperar allí las especies perdidas.

Las especies –sigue diciendo- son como “paraguas”. A su sombra nos permiten luchar por la conservación de ecosistemas completos. Por eso, a veces lo mas

importante no es salvar al oso, o el urogallo en los montes. Lo mas importante es conservar los montes. Porque mientras allí habiten osos y urogallos sabremos que hay bosques y otros recursos y que el sistema funciona razonablemente bien.

Si salvamos al oso de una forma exclusivamente artificial, al margen del ecosistema en el que vive, su función como paraguas se habrá perdido.

A veces me he preguntado si estas palabras de Miguel Delibes no van mas allá y son aplicables al mundo de la investigación. Porque el investigador necesita también su propio ecosistema.

Años atrás, a los noveles se les advertía de que debían convertirse en corredores de fondo. Les esperaba una carrera larga, dura, que necesitaba grandes dosis de paciencia, una curiosidad insaciable por hallar respuestas que llevarían a nuevas preguntas. En una palabra, tener vocación de investigar. Y ganas.

Pero, como recuerda el profesor Delibes, “en nuestra época de becario no nos importaba demasiado el futuro. Porque estábamos seguro de que después...algo encontraríamos.”

Como país nuestro sueño hace cuarenta años era tener gente bien formada. En Filosofía, en Biología, en Medicina...

La triste paradoja es que ahora que lo hemos conseguido, nuestros investigadores no encuentran aquí el entorno adecuado. No encuentran aquí el ecosistema en el que puedan vivir.

Y emigran sin tener comprado el billete de vuelta.

Y ese diálogo entre generaciones, ese diálogo entre Delibes que se dio en La Tierra Herida, es cada vez más difícil. Porque se va abriendo un vacío entre los investigadores que se retiran y los que siguen sin encontrar su sitio.

Ahora, como el mismo reconoce, recibimos al futuro investigador con cierta prevención. ¿tu estás seguro de que quieres esto? –les decimos- Si estás muy, muy seguro, vale. Conseguirás pasar por encima de las dificultades. Pero si no, serán las dificultades las que pasen por encima de ti.

Concienciar a la sociedad no siempre es fácil. Es un trabajo a largo plazo. Como el de los investigadores.

Miguel Delibes, pese a todo, es optimista. Yo también lo soy. Al menos, tenemos herramientas nuevas. Cada gobierno dedica un ministerio al medio ambiente. Y en la mayor parte de las universidades existe un vicerrectorado de sostenibilidad.

El medio ambiente sigue siendo una carrera larga en la que, pese a todo, no podemos dejar de correr.

En la Universidad que hoy le recibe, Doctor Delibes, todos estamos comprometidos.

Tratamos de reducir al mínimo el impacto ambiental. Tratamos de relacionarnos de la manera mas responsable con nuestro entorno.

Nos unimos al proyecto de Clima Neutro de Naciones Unidas.

Combatimos el cambio climático. Incorporamos la ética ambiental en todas nuestras actividades.

Pero sobre todo, nos esforzamos por sensibilizar. Por enseñar.

Por impulsar una conciencia colectiva. Desde las ciencias y las letras. Desde la docencia y la investigación. Como comunidad que aprende junta.

Profesor Delibes, quiero imaginar nuestro Campus de mañana. El de mis nietos, y el de los nietos de mis nietos. Quiero verlo como un lugar en el que se seguirá aprendiendo entre árboles. Oyendo el canto de los pájaros.

Ayúdenos con su conocimiento y su auctoritas.

Ayúdenos a que esta universidad, y todo el orbe, participen de este sueño. Como el sueño cumplido de esa Doñana al que dedicó usted tantos años de su vida.

Aves construyendo nidos en sus vigorosas ramas.

Monte blanco, en el que cada mañana la primavera vuelva a traer un millón de flores. Flores que el sol marchitará al mediodía. Y serán reemplazadas por otro millón con el próximo amanecer.

Ayúdenos a que la vida sea como Doñana. Donde todo fluya, como decía Heráclito. Donde las estaciones vengan y vayan.

Y la Universidad sea imagen de un mundo, de un planeta que se sosiegue. En su soledad y belleza.

Profesor Miguel Delibes, sea usted cordialmente bienvenido a la Universidad de Málaga.